

Discipulado inteligente

VIVIMOS EN UN MUNDO en el que todo es inteligente: teléfonos, automóviles, casas, televisores e incluso relojes inteligentes. Es hora de establecer también un discipulado inteligente.

Decir que la razón de la práctica cristiana es solo la fe, esa «certeza de lo que se espera» (Heb. 11: 1), no es del todo correcto. Si bien es cierto que el justo vive por la fe (Rom. 1: 17), es aún más cierto que es también llamado a vivir con «sabiduría, justicia y devoción a Dios» (Tit. 2: 12, NTV); en otras palabras, la vida y la práctica religiosa de los discípulos de Jesús se deben llevar a cabo con toda inteligencia, integridad y entrega.

El discípulo de Cristo tiene como deber poder responder siempre a las preguntas que surjan sobre su práctica cristiana. Este es, en particular, el ejemplo que Jesús dio a los discípulos de Juan, cuando le preguntaron sobre lo que a ellos les parecía absurdo: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?», le dijeron (Mat. 9: 14). Se puede percibir un reproche en estas palabras, pero Jesús no parece abrumado por la pregunta; la respuesta incluso le parece obvia: el ayuno es necesario para aquellos que están separados del Novio (Mar. 2: 19-20)

Aunque este pasaje habla sobre las razones para ayunar, revela un principio importante para los que vivimos en los últimos días. ¿A cuántos de nosotros, como discípulos, se nos requiere justificar nuestras prácticas o abstinencias? Si no somos capaces de hacerlo, no solo seguiremos teniendo una fe precaria y frágil, sino que tendremos dificultades para guiar a otros hacia «la fe de Jesús» (Apoc. 14: 12). Por lo tanto, se nos pide: «Estén siempre listos para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes» (1 Ped. 3: 15, RVA-2015).

El principio que se menciona aquí es el siguiente: para ser un seguidor de Cristo es necesario que seamos capaces de justificar

cada una de nuestras acciones; cualquier cosa que no sea justificable debe replantearse e incluso descartarse si es necesario.

Este principio puede revolucionar nuestras Escuelas Sabáticas, ya que incide en su entorno de las siguientes cuatro maneras:

1. Nos da seguridad en lo que hacemos como seguidores de Jesús, porque encontramos una razón para ello.
2. Evita que los discípulos de Cristo se dejen llevar por tradiciones y prácticas sin sentido heredadas de nuestros padres y antepasados.
3. Fortalece la fe de los alumnos y maestros de nuestras Escuelas Sabáticas, porque induce a una adoración razonable a Dios (Rom. 12: 1).
4. Permite a los demás comprender mejor lo que Cristo espera de sus discípulos.

Para lograr la aplicación de este principio es necesario formular las preguntas adecuadas y proporcionar las respuestas correctas, al tiempo que se realizan los ajustes necesarios. Este objetivo se alcanza completando cuatro etapas:

1. Visualizar: ¿Cuál es la práctica del Maestro?
2. Contextualizar: ¿Cuál es mi práctica como discípulo del Maestro?
3. Fijar objetivos: ¿Qué haría el Maestro si estuviera aquí hoy?
4. Optimizar: ¿Qué cambios debería introducir en mi práctica para que se corresponda con la del Maestro?

En semejante dinámica, ya no hay lugar para el letargo de la tradición, la indolencia de la ortodoxia, la frialdad del formalismo y, menos aún, para el engaño del pecado.

Practiquemos el discipulado inteligente mientras nos preparamos y aceleramos el regreso de nuestro Señor Jesucristo (2 Ped. 3: 12) ¡Amén!!

Pr. Mario Dolcé

Director del Departamento de Escuela Sabática de la Misión Adventista de la Guayana Francesa